

Continuamos en bonanza como un mes, y en este tiempo proporcionó el subdelegado la sesión que quería el cura que tuviera yo con él; pero si queréis saber cuál fué, leed el capítulo que sigue.



CAPÍTULO II

Cuenta Periquillo
varios acaecimientos que tuvo en Tula, y lo que hubo
de sufrir al señor cura

Crecía mi fama de día en día con estas dos estupendas curaciones, granjeándome buen concepto hasta con los que no se tenían por vulgares. Tiempo me faltaba para ordenar medicamentos en mi casa, y ya era cosa que me chiqueaba mucho para salir á hacer una visita fuera del pueblo, y eso cuando me la pagaban bien.

Aumentó mis créditos un boticoncillo y una herramienta de barbero que envié á comprar á México, que junto con un exterior más decente, que tenía algo de

lujo, pues tomé casa aparte y recibí una cocinera y otro criado, me hacían parecer un hombre muy circunspecto y estudioso.

Al mismo tiempo yo visitaba pocas casas, y en ninguna me estrechaba demasiado, pues había oído decir á mi maestro, el doctor Purgante, que al médico no le estaba bien ser muy comadrero, porque en son de la amistad querían que curara de balde.

Con esta y otras reglitas semejantes concernientes á los tomines, los busqué muy buenos, pues en el poco tiempo que os he dicho, comimos yo, Andrés y la *macha* muy bien; nos remendamos, y llegué á tener juntos como doscientos pesos libres de polvo y paja.

La gravedad y entono con que yo me manifestaba al público, los términos exóticos y pedantes de que usaba, lo caro que vendía mis drogas, el misterio con que ocultaba sus nombres, lo mucho que adulaba á los que tenían proporciones, lo caro que vendía mis respuestas á los pobres y las buenas ausencias que me hacía Andrés, contribuyeron á dilatar la fama de mi buen nombre entre los más.

A medida de lo que crecía mi crédito, se aumentaban mis monedas, y á proporción de lo que éstas se aumentaban crecía mi orgullo, mi interés y mi soberbia. A los pobres que, porque no tenían con qué pagarme, iban á mi casa, los trataba ásperamente, los regañaba

y los despachaba desconsolados. A los que me pagaban dos reales por una visita, los trataba casi del mismo modo, porque más duraría un cohete ardiendo que lo que yo duraba en sus casas. Es verdad que aunque me hubiera dilatado una hora no por eso quedarían mejor curados, puesto que yo no era sino un charlatán con apariencias de médico; pero como el infeliz paciente no sabe cuánta es la suficiencia del médico ó del que juzga por tal, se consuela cuando observa que se dilata en preguntar la causa de su mal y en indagar así por sus oídos como por sus ojos, su edad, su estado, su ejercicio, su constitución y otras cosas que á los médicos como yo parecen menudencias, y no son sino noticias muy interesantes para los verdaderos facultativos.

No lo hacía yo así con los ricos y sujetos distinguidos, pues hasta se enfadaban con mis dilaciones y con las monerías que usaba, por afectar que me interesaba demasiado en su salud; pero ¿qué otra cosa había de hacer cuando no había aprendido más de mi famoso maestro el doctor Purgante?

Sin embargo de mi ignorancia, algunos enfermos sanaban por accidente, aunque eran más, sin comparación, los que morían por mis mortales remedios. Con todo esto, no se minoraba mi crédito por tres razones: la primera, porque los más que morían eran pobres, y en éstos no es notable ni la vida ni la muerte; la

segunda, porque ya había yo criado fama, y así me echaba á dormir sin cuidado, aunque matara más tultecos que sarracenos el Cid, y la tercera, y que más favorece á los médicos, era porque los que sanaban ponderaban mi habilidad y los que se morían no podían quejarse de mi ignorancia; con lo que yo lograba que mis aciertos fueran públicos y mis erradas las cubriera la tierra; bien que si me sucede lo que á Andrés, seguramente se acaba mi bonanza antes de tiempo.

Fué el caso, que desde antes que llegáramos á Tula, ya el cura, el subdelegado y demás personas de la plana mayor habían encargado á sus amigos que les enviaran un barbero de México. Luego que experimentaron la áspera mano de Andrés, insistieron en su encargo con tanto empeño, que no tardó mucho en llegar el maestro Apolinario, que en efecto estaba examinado y era instruído en su facultad.

Andrés, luego que lo conoció y lo vió trabajar, le tuvo miedo, y con más juicio y viveza que yo, un día lo fué á ver y le contó su aventura lisa y llanamente, diciéndole que él no era sino aprendiz de barbero; que no sabía nada; que lo que hacía en aquel pueblo era por necesidad; que él deseaba aprender bien el oficio, y que si se lo quería enseñar, se lo agradecería y le serviría en lo que pudiera.

Esta súplica la acompañó con el estuche que le

había yo comprado, con el que se dió por muy granjeado el maestro Apolinario, y desde luego le ofreció á Andrés tenerlo en su casa, mantenerlo y enseñarle el oficio con eficacia y lo más presto que pudiera.

A seguida le preguntó qué tal médico era yo. A lo que Andrés le respondió que á él le parecía muy bueno, y que había visto hacer unas curaciones prodigiosas.

Con esto se despidió del barbero para ir á hacer la misma diligencia conmigo, pues me dijo todo lo que había pasado y su resolución de aprender bien el oficio. —Porque al cabo, señor, yo conozco que soy un bruto; este otro es maestro de veras, y así, ó la gente me quita de barbero no ocupándome, ó me quita él pidiéndome la carta de examen, y de cualquier manera yo me quedo sin crédito, sin oficio y sin qué comer; así he pensado irme con él, á bien que ya su merced tiene mozo.

Algo extrañaba yo á Andrés, pero no quise quitarle de la cabeza su buen propósito, y así, pagándole su salario y gratificándole con seis pesos, lo dejé ir.

En esos días me llamaron de casa de un viejo reumático, á quien le dí, según mi sistema, seis ó siete purgas, le estafé veinticinco pesos y le dejé peor de lo que estaba.

Lo mismo hice con otra vieja hidrópica, á la que abrevié sus días con seis onzas de ruibarbo y maná y dos libras de cebolla albarrana.

De estas gracias hacía muy á menudo, pero el vulgo ciego había dado en que yo era buen médico, y por más gritos que les daban las campanas, no despertaban de su adormecimiento.

Llegó por fin el día aplazado por el subdelegado para oirme disputar con el cura, y fué el 25 de Agosto, pues con ocasión de haber ido yo á darle los días por ser el de su santo, me detuvo á comer con mil instancias, las que no pude desairar.

Bien advertí que toda la corte estaba en su casa, sin faltar el padre cura; pero no me dí por entendido de que sabía lo que hablaba de mí, satisfecho en que, por mucho que él supiera, no había de tener de medicina las noticias que yo.

Con este necio orgullo me senté á la mesa luego que fué hora, y comí y brindé á la salud del caballero subdelegado, en compañía de aquellos señores, repetidas veces, haciendo reir á todos con mis pedanterías, menos al cura que se tostaba de estas cosas.

El subdelegado estaba bienquisto; con esto la mesa estaba llena de los principales sujetos del pueblo con sus señoras. La prevención era franca, los platos muchos y bien sazonados. Se menudeaban los brindis y los vivas; los vasos no estaban muy seguros por los frecuentes coscorrones que llevaban con los tenedores y cuchillos, y las cabezas se iban llenando del tufo de las uvas.

A este tiempo fué entrando el gobernador de indios con sus oficiales de república, prevenidos de tambor, chirimías y de dos indios cargados con gallinas, cerdos y dos carneritos.

Luego que entraron, hicieron sus acostumbradas reverencias, besando á todos las manos, y el gobernador le dijo al subdelegado: — Señor mayor, que los pase su mercé muy felices, en compañía de estos señores, para amparo de este pueblo.

Inmediatamente le dió el xóchil, que es un ramillete de flores, en señal de su respeto, y un papel mal picado y pintado, con un al parecer verso.

Todo el congreso se alborotó, y se trató de que se leyera públicamente. Uno de los padres vicarios se prestó á ello, y guardando todos un perfecto silencio, comenzó á leer el siguiente

SUÑETO

Los probes hijos del pueblo
 Con prósperas alegrías,
 Te lo venimos á dar los días,
 Con carneros y cochinos.
 Recibalosté placenteros
 Con interés to mercé
 Como señor josticiero,
 Perdonando nuestro afeuto
 Las faltas de este suñeto
 Porque los vivas mil años
 Y después su gloria eternamente.